

Lucille, como todos los niños y niñas de su pueblo, adoraba la navidad: tiempo en familia, regalos, dulces, decoraciones... lo adoraba todo con todo su corazón. Bueno... casi todo. Lucille miraba con curiosidad a los coros de niños que visitaban puerta a puerta cada año las casas del pueblo y los rostros de sus familiares y conocidos al escuchar sus cánticos. Cánticos que ella no era capaz de escuchar por tener sordera total de nacimiento. A pesar de esto, Lucille se asomaba con sus padres al portal cada nochebuena cuando los niños del coro llamaban a su puerta, y se imaginaba cómo sería escucharles aunque fuese solo una vez cantar. Al terminar la canción, aplaudía agitando sus manos en LSF y sus padres se despedían ofreciéndoles pasar a dentro a calentarse y pasar el rato; oferta que nunca podían aceptar, teniendo aún muchas otras casas por visitar antes de la media noche. Así, cada año la tradición seguía y poco a poco Lucille fue perdiendo la ilusión por la noche de navidad, cuestionando si algún día su sueño de oír los villancicos se haría realidad.

Las navidades en las que Lucille había cumplido 8 años no estaban siendo muy distintas a las de los años anteriores. Lucille y sus padres decoraron la casa con adornos cálidos y dulces y prepararon los regalos para el día siguiente; pero hubo algo que extrañó a Lucille al llegar la noche: el coro no fue a su casa como de costumbre. Pasó una hora y el coro aún no había llegado. Luego pasó otra y tampoco... hasta que casi eran las doce. En ese momento Lucille miró triste a sus padres y les preguntó ¿han dejado de venir por mí? ¿es porque he perdido la ilusión? En ese momento alguien llamó a la puerta dando tres toques. Lucille notó la vibración por el suelo de madera de la casa, y sus padres le señalaron la puerta, indicando que la abriese. Así, Lucille se acercó a la puerta cabizbaja y la abrió con los ojos húmedos. Al abrirla se encontró no solo al coro, si no a todo el pueblo fuera de su casa. Atónita miró a sus padres, que detrás de ella estaban sonriendo dulcemente. En ese momento, uno de los niños del coro se acercó a Lucille y le dio un altavoz indicando que pusiera sus manos sobre la rejilla, y al compás empezaron a cantar todos "noche de paz" a un micrófono, en alto y en lengua de signos. Lucille abrió los ojos como platillos: por primera vez podía entender lo que decían aquellos niños todos los años, e incluso sentirlo por las vibraciones del altavoz. Podía escuchar la música a su manera. Al terminar la actuación todos signaron "feliz navidad Lucille, te queremos" y por primera vez entraron a su casa a calentarse y pasar juntos la nochebuena. Así fue como Lucille se dió cuenta de que por muy imposibles que parezcan, los sueños pueden hacerse realidad, cuando es navidad.

Fin.